

# Mario y la gente

Juan Cruz

**VISIÓN DEL ESCRITOR MARIO VARGAS LLOSA, PERO TAMBIÉN DE LA PERSONA: UN ESCRITOR AUTOCRÍTICO, UN CIUDADANO RESPONSABLE. NO HA PERDIDO EL CENTRO SIENDO UN ESCRITOR CENTRAL.**

La primera vez que vi a Mario Vargas Llosa fue desde el muelle de Santa Cruz de Tenerife; él iba en barco, volvía de Barcelona, a Perú. Su mujer, Patricia, iba con Morgana en brazos, y ahora Morgana acaba de tener su primera hija, Isabela. Hace algo más de un año estuvimos en la boda de Morgana, en un lugar mítico del turismo recóndito peruano, en Máncora. Entre aquel paso por Santa Cruz y este mismo momento, cuando Mario va y viene, siempre con Patricia, y esta vez, además, con esa nieta tan amada, han pasado muchos años, muchos sucesos y mucha literatura.

Y ahora podemos decir que, además, se ha instalado entre nosotros una amistad que ya no tiene nada que ver con la literatura ni con el mundo editorial ni con el periodismo ni con nada que sea accidental o voladizo. Es una amistad verdadera, la siento así, y tiene que ver con las preocupaciones que los amigos sienten por los amigos, de modo que yo no puedo hablar de Mario Vargas Llosa —ni de su gente— como si fuera tan solo un escritor, uno de los más grandes de los últimos cincuenta años, porque Mario, además, es mucho más que un escritor.

Por descontado que es un ser humano excepcional, y acaso eso es lo que le ha dado la energía y la nobleza suficientes como para arrostrar cambios y vicisitudes que a otros lo hubieran dejado baldado. Pero sobre todo Mario Vargas Llosa es un hombre que no ha perdido en ningún recodo de ese largo camino pedregoso la capacidad de asombro; se diría que su actitud sigue siendo la del adolescente que se va haciendo en el espejo de su vida que es ese

libro magnífico titulado *El pez en el agua*. Como si jamás hubiera dejado esa casa en la que creció, con la madre, con los abuelos, con los tíos, en la nostalgia o en la rabia del padre, Vargas Llosa ha mantenido intacto el poder de asombro, que es el que le ha llevado a conservar su actitud de aprendiz constante.

Aprendió a saber y a tachar, a escribir y a borrar; como si fuera un estudiante perenne, escribe y corrige como si fuera de día un alumno y de noche su propio profesor. Con una seriedad que sólo se dan los intelectuales esforzados, ha estudiado sus posiciones ante la vida, ante la política y ante la literatura, con el espíritu crítico que le ha llevado a soliviantarse en algún momento ante sus propias ideas, para llevarse a sí mismo la contraria. No juzga sin haberse juzgado, no critica sin haberse criticado.

Tengo la experiencia de verle trabajar, como conferenciante, como entrevistado, como interlocutor, y me he podido fijar en la exigencia con la que aborda la sintaxis de lo que va a decir, como si dentro de sí hubiera otro Mario que le fuera dictando, casi con puntos y comas, las cosas que está pensando. Es un hombre con un altísimo sentido del humor, pero no deja que la broma le nuble el sentimiento de lo ha de tomarse seriamente.

Tiene una virtud que no es común entre los de su especie literaria: cuando lee algo que le interesa lo dice o lo escribe inmediatamente, y cuando se enfrenta a algo que carece de interés su cara no puede disimular el estado decepcionado de su alma de lector. Como decía Juan Rulfo de sí mismo, yo creo que Mario escribe para leer, para leer lo que no ha sido escrito, porque su pasión verdadera es la de lector.

Su libro *La verdad de las mentiras*, que recoge ensayos prístinos suyos sobre algunos de los libros que ama, debería ser de lectura obligada en las universidades, en los institutos y en los suplementos literarios, y debía ser leído sobre todo por tanto escritor engreído que cuando llegan las fechas señaladas o las ferias del libro siempre dice que está leyendo la Biblia, para no nombrar a ninguno de sus contemporáneos. Mario es responsable, por ejemplo, del éxito fulgurante de *Soldados de Salamina*, es capaz de dedicar su tiempo a jóvenes autores que se le acercan con sus manuscritos, promueve a talentos que ve despuntar, y en general no sólo es un maestro que enseña a los otros sino

alguien que simula ser un alumno que también aprende de los más jóvenes.

Cuando me preguntan por Mario y por sus actitudes –literarias, personales– siempre señalo un rasgo que es natural en él, que no es impostado: cuando llega a una reunión siempre pregunta por lo que hacen los demás; jamás lo he sentido como una reina madre, jamás despótica de sus colegas, a no ser que se lo pongan en bandeja, y siempre tiene una posición genuina, generosa y positiva sobre lo que acontece.

Se equivoca muchas veces en política, él mismo lo dice, y esa experiencia que le tuvo cerca de ser presidente y de perderse para la literatura ahora le provoca pesadillas retrospectivas. Pero jamás impone sus criterios; tiene unas cuantas, o muchas, ideas establecidas sobre lo que pasa, pero jamás lo he visto tachar a nadie porque piense lo contrario.

En un mundo en el que hasta los relativismos son dogmáticos, esa actitud verdaderamente liberal, del liberalismo antiguo, hacen que una hora o un día o un instante con Mario sea también el tiempo con un caballero, una gozada para el espíritu. El día después del matrimonio de Morgana, en Máncora, le fui a ver; estaba a punto de cumplir setenta años, iba para preguntarle sobre Picasso. Por fuera de su casa pasaban unos pájaros, y él se pasó media hora hablando de esos pájaros, y de unos bichos impertinentes que cubrían el piso blanco de la casa. «Ah, teníamos que hablar de Picasso». Y hablamos de Picasso como si se lo hubiera estudiando durante siglos.

Mario es mucho Mario. Quien lo simplifique se lo pierde ©

